

La originalidad es volver al origen



Kenshinkan dôjô 2021

Originalidad

El secreto de su fracaso no era la falta de cualidades, sino esa absurda batalla interior que mantienen consigo mismos algunos escritores cuando deciden, una y otra vez, destruir todo aquello que escriben, por considerarlo inapropiado, carente de originalidad, reiterativo o, simplemente, intrascendente, y esto por entender que una idea como la que suscriben ha sido escrita con anterioridad.

En mi opinión, estos escritores olvidan que la belleza de las historias escritas no se encuentra en esa originalidad, pues los hechos que se expresan se repiten una y otra vez a lo largo de los siglos, sino en esa otra sutil, delicada y tremendamente personal que es la construcción de los hechos, la organización inteligente del lenguaje, la composición cuidada del texto, el ritmo, la cadencia o el toque de omisión. La originalidad es pues la manera de contar la historia, no la historia en sí.

La originalidad consiste en volver al origen.

Un verdadero propósito

Nunca deseó ser el mejor, es más, rehusaba siquiera pensar en ello, por nada del mundo pretendía ganar nada, tampoco buscó nombramientos, reconocimientos públicos o grandilocuencias. Era el eterno aprendiz, el alumno permanente.

Le insistí para que tomara clases pues veía que tenía posibilidades y que su pintura podía llegar lejos, muy lejos. Observaba cómo, con una naturalidad inigualable, dejaba correr la mano con el carboncillo suelto entre sus dedos, destapando del fondo de un lienzo en blanco un paisaje que, según decía, ya estaba allí. Después, mezclaba los colores sin orden aparente hasta consumir con facilidad un trabajo impecable. Cuando se trataba de acuarelas, acometía su obra con naturalidad, de manera inmediata, mientras fumaba un cigarrillo o contaba su último viaje.

Insistí con mi pregunta.

“No”. -me dijo-.

Añadiendo más tarde: *“No quiero aprender a pintar. Mejor dicho, para que lo entiendas: quiero pintar mal. A mi motivación le basta el solo hecho de empuñar el pincel. En ese humilde propósito encuentro la belleza necesaria para continuar mezclando colores en la paleta”*.

El secreto mejor guardado

¿Mi secreto? Le contesté sorprendido cuando me preguntó cómo hacía para mantenerme allí, año tras año, practicando los mismos ejercicios.

Él, hacía tiempo que guardó su *bokuto* en lo más profundo del armario. Nunca regresó para quedarse, pero aparecía, de tiempo en tiempo, algún sábado por la mañana cuando, en fragor de batalla, cruzábamos nuestras armas en el keiko.

La escuela que estudiábamos tenía tantos registros que resultaba del todo imposible hacerse con ella. En primer lugar, por falta de tiempo y dedicación. Se sumaban, después, otros factores: memoria, habilidad, distancia, limitaciones propias de la edad. Imposible aprehender el contenido de semejante monumento técnico.

¿Mi secreto? No hay ningún secreto, le dije. He decidido que enfrentarme a mi escuela y tratar de conquistarla por la fuerza no es sino mi perdición. Un lapsus de tiempo sin acometerla, la presencia de una distancia fortuita surgida de un imprevisto, una lesión provocada por el trabajo diario, un desánimo no deseado y todo ha de volver a construirse desde la nada.

¿Mi secreto?: Equivocarme a placer, volver una y otra vez sobre lo ya conocido, apreciar la monotonía de las planicies y el letargo anodino de las llanuras tanto como las emocionantes laderas escarpadas, los valles profundos o los cañones de las altas montañas.

Desaprendizaje

Había cargado con demasiado equipaje. Lo sabía antes de salir, pero no supo decir: no. La ansiedad le había superado y ahora pagaba las consecuencias.

La situación no tenía otra salida que eliminar lastre, de lo contrario no llegaría arriba o, en el hipotético caso de conseguirlo, habría de pagar por ello un precio demasiado alto. Su cuerpo se lo recordaría siempre, y también su espíritu, que perdería la calma que tanto ansiaba.

Soltó primeramente el mandoble de diez kilos que le había regalado su maestro de armas. Fue doloroso, pero liberador. A continuación, pieza por pieza, se despojó de la armadura toledana: manoplas, guardabrazos, celada, quijote, gleba, codales y peto. Se sintió desnudo y vulnerable, pero respiró aún más hondo.

Determinado a poner fin al sufrimiento que le impedía experimentar el movimiento libre de su cuerpo y escuchar el latido único de su corazón se zafó finalmente del morral: un viejo zurrón donde guardaba sus más preciados objetos.

“Nada me impide ahora subir, para ver desde lo alto más y mejor”, pensó. Y fue entonces cuando sus dedos rozaron la cumbre, pero no la de aquella montaña, sino la de su propia vida.

Kenshinkan dôjô 2021